

*Madre.* ¡Oh vida eterna, tan desemejante de esta caduca que vivimos, en la cual la racional está lagañosa é ignorante de la verdad, la irascible está callando y llena de miedo de la majestad, la concupiscible muere de sed y, menesterosa y falta de deleites, fenece! ¡Oh Patria verdadera, donde la razón no tiene lagañas, sino que clara y abiertamente ve lo que acá debajo de figuras se le muestra; la irascible tendrá de seguro lo que acá debajo de peligro espera; la concupiscible amaré perfectamente lo que acá con tantas quiebras y faltas goza! Allí tendrá la voluntad multitud de paz, la razón plenitud de luz, la memoria continuación de eternidad. Entonces será Dios todas las cosas en todos, cuando se apartare de la razón el error, de la voluntad el dolor y de la memoria el temor, y sucediere en la razón aquella maravillosa serenidad que esperamos, en la voluntad la divina fecundidad y alegría, en la memoria seguridad eterna en la felicidad soberana, que es una cosa bonísima y hermosísima, y por sí sufficientísima, y con la cual de ninguna criatura hay necesidad. Allí vacaremos y veremos, verémos y amaremos, amaremos y tendremos, tendremos y alabaremos á Dios, que sobre todas las cosas es bendito, en los siglos de los siglos. Amén.



### CAPÍTULO III

DE LAS PASIONES DEL ÁNIMA EN GENERAL, Y EN ESPECIAL DE LA DEL AMOR, QUE ES ORIGEN Y FUNDAMENTO DE TODAS.

**A**RISTÓTELES dijo que en el ánima hay tres cosas de mucha consideración, conviene á saber: *potencias*, de que ya hemos tratado; *pasiones*, de que hemos aquí de tratar; y *hábitos*, de que al presente ninguna cosa diremos. Las pasiones son de muchas maneras; y, si de todas hubiéramos de escribir, para solas ellas era necesario otro tratado mayor que éste. Y así, estrechándome á lo más importante, trataré algo de pasiones en cuanto *pasión* se dice *movimiento del apetito sensitivo*, que *persigue cualquier percepción de cosa conveniente*, como gozo, alegría y esperanza. *O, de lo contrario*, como tristeza, dolor, temor, ira, etc. Las pasiones del alma tienen diversos nombres, según lo trata San Agustín (1), el cual dice que los griegos las llamaron *movimientos del ánima*; los latinos, como Cicerón, *perturbaciones*; otros las llaman *afeccio-*

(1) S. Aug., lib. ix de *Civit. Dei*.

nes ó afectos, y comunmente pasiones, de una palabra griega, que en latín significa sentimiento ó defecto. Porque las pasiones defectivas, como son dolor, tristeza, desesperación, etc., más propiamente suenan defecto que las perfectivas de amor, gozo y esperanza. Y que sea necesario tener alguna noticia de las pasiones del alma, así animales como espirituales, para entender las cosas que en esta obra se han de decir tocantes al amor, y de que éste lo es primera y principal y fundamento de todas, pruébase por muchas razones, de las cuales quise poner aquí solas tres. La primera, porque, ignorada la calidad de ellas, no es posible tener suficiente noticia de los hábitos de los vicios ni de las virtudes, porque las pasiones del ánimo son como principios y común materia de vicios y virtudes, porque la virtud, como dice el autor de *El espíritu y ánima*, no es otra cosa que un hábito del ánimo bien compuesta, esto es, afecto moderado y ordenado, y, por el contrario, el vicio lo es por defecto de modo y orden en los deseos.

De la manera que la suma de los vicios consiste en pasar el hombre al afecto de la malicia, de suerte que le agrade el pecado de lo íntimo de su corazón, según que de los malos dice el Profeta: «Pasaron hasta el afecto del corazón» (1), así, el colmo y alteza de la virtud es pasar al afecto de la justicia.

(1) Transierunt in affectum cordis.—Psal. 72.

La segunda causa que nos obliga á tratar de estas pasiones, es porque importa mucho al ánimo llamada á la escuela de la devoción conocer el fervor, efecto y origen de los afectos y pasiones, porque no hay devoción sin afección. Y devoción, como dice Hugo de Santo Victor, *es una extensión de nuestra mente en Dios, por piadoso y humilde afecto*: piadoso, por el conocimiento de la divina clemencia; y humilde, por el de la propia fragilidad y miseria. De aquí se nos ofrece considerar que hay dos maneras de estudio ó dos diferentes escuelas para el alma: una de devoción y afecto, otra de conocimiento é inteligencia; porque la perfección nuestra es doblada y consiste en la virtud y en la ciencia. Conviene, pues, al varón espiritual y evangélico ser adornado de estas dos cosas, para que por la primera sea enderezado en el bien, y por la segunda en la verdad; por la primera arda, por la segunda resplandezca y dé luz; por la primera sea poderoso en el obrar, y por la segunda en el hablar á ejemplo de aquel que comenzó á obrar primero que á enseñar (1). ¿Quieres, dice Hugo, conocer los secretos de Dios? Pásate de la escuela del entendimiento á la del afecto, de la ciencia á la sabiduría, y del conocimiento á la devoción. Esta es aquella escuela en la cual aquel grande varón Arsenio, doctísimo en la lengua griega y latina, confesaba no haber apren-

(1) Act., 1.

dido aún la primera letra del abecedario. Cualquiera, pues, que quisiere ser verdaderamente sabio, trabaje por estudiar en estas dos escuelas: en la del afecto, que da sabor, y en la del entendimiento, que da luz de ciencia; y si en alguno de estos estudios hubiere de haber falta, háyala en el de la ciencia y no en el del amor, porque más vale tener piadoso y devoto afecto á Dios que entendimiento frío, aunque alumbrado con sólo el estudio de la ciencia.

Dijo muy bien el bienaventurado Apóstol San Pablo: *El reino de Dios no consiste en palabras bien ordenadas, ni en razones metafísicas ni teológicas, sino en las buenas y virtuosas obras* (1). Lo primero, por razón del efecto, porque la virtud expele el pecado, y la ciencia no. Lo segundo, por razón del origen, porque la virtud infúndela Dios; la ciencia adquiérese por estudio y diligencia humana. Lo tercero, por razón del fin, porque el de la virtud es la vida eterna, y no el de la ciencia. Lo cuarto, por razón del objeto, que el de la virtud es el bien, y el de la ciencia la verdad. El quinto, por razón de la materia ó sujeto, porque la virtud no se aposenta ni está sino en los hijos de Dios; la ciencia en éstos y en los que no lo son. Lo sexto, por razón de la seguridad, porque cosa más segura es ser el hombre bueno que filósofo. Lo séptimo, por ra-

(1) Regnum Dei non est in sermone sed in virtute. — I Cor., 4.

zón de la honestidad, que mayor gloria es seguir á Cristo que á Aristóteles. Lo último, por razón de evitar los males; que si nuestros primeros padres, como extendieron la mano al árbol de la ciencia, la extendieran al de la vida, no incurrieran ellos y nosotros en tantos males.

Lo tercero que nos constriñe á tener conocimiento de las pasiones y afectos del alma, es el provecho que nos trae para entender la teología de los cristianos, que consiste en afectos experimentativos y espirituales sentimientos del divino amor. Porque esta experiencia es una cierta salva que hacemos á la gloria futura, y prenda y arra de la felicidad eterna. Y aunque es ello verdad que esta mística teología no se puede traspasar á otros por doctrina, como las demás ciencias, porque el magisterio de ella para Sí sólo le reservó Cristo y en Sí le retiene, y para Él ninguna industria humana hay suficiente, con todo no se ha de dejar de todo punto, porque el Apóstol San Pablo nos llama *coadjutores de Dios*. De aquí es que los doctores sagrados cada día sacan nuevas consideraciones, industrias, modos y caminos para dar entrada á esta divina teología; pero sobre todas las artes tiene lugar la de los afectos, porque es propio de esta ciencia asentarse en ellos, dejando todas las otras en el entendimiento, y por esto se llama arte ó ciencia de amor.

Supuesto, pues, que nos importa el conocimiento de las pasiones para entender muchas

cosas que á la materia del amor están anejas, conviene que se note: lo primero, que el apetito sensitivo es en dos maneras: *irascible* y *concupiscible*. Lo segundo, que el bien y el mal son objetos del apetito, y pueden considerarse, ó simple y absolutamente y sin condición, ó con dificultad y contradicción, por ser arduo lo que se apetece. Y, según esto, difieren estos dos apetitos. Porque el concupiscible mira al bien y al mal simplemente, sin alguna razón de dificultad, porque la concupiscencia, de la cual toma este apetito su denominación, es de aquellas cosas que ligera y fácilmente podemos alcanzar; pero porque muchas cosas sobrevienen impeditivas de la concupiscible, en lo que es su inclinación y curso acerca del bien, y en el odio y huída acerca del mal, fuele dada por el soberano Artífice de naturaleza, como defensora, la fuerza ó facultad irascible, que se inclina á conseguir el bien ó á desterrar el mal, no simple y absolutamente tal bien ó tal mal, sino el arduo y difícil de alcanzar ó desterrar. El ejemplo está claro en las cosas naturales; pues, como vemos, la naturaleza próvida dió á cada cosa dos fuerzas, una mediante la cual alcanza las cosas convenientes y que le están bien, y otra por la cual huye las que le pueden dañar. Al fuego le dió ligereza con que sube arriba al lugar de su quietud y conservación, y el calor con que resiste á sus contrarios que pretenden su corrupción. Lo mismo pasa en los animales, á los cuales dió la

concupiscible, por la cual consiguen lo que les es provechoso; y la irascible, por la cual declinan de lo que les ha de dañar; y ésta defiende á la concupiscible, para que alcance su objeto bueno y su fin. Nótese lo tercero que, según el Filósofo y su escuela, estas dos facultades, concupiscible é irascible, están radicadas y fundadas en sólo el apetito sensitivo y en la sensualidad. Pero San Agustín y los teólogos todos dicen que se hallan también en el apetito intelectual, como ya dijimos. Esto supuesto, será razón que veamos cuál es el objeto del apetito sensitivo, fundamento de estas pasiones.

Y para mayor claridad adviértese que, como en parte queda dicho en el precedente capítulo hay cuatro diferencias de apetitos. *Natural*, que es de las cosas inanimadas; *sensitivo*, que es propio de los brutos; *racional* ó intelectual, ó voluntad deliberativa; y voluntad natural, ó sindéresis, las cuales son propias de los hombres. Aunque estos dos últimos se reducen á uno, y en efecto no es más que uno, sino que, por razón de los diversos oficios, tiene diferentes nombres. Ahora bien, el apetito natural se inclina, con una cierta necesidad de ley natural, al bien particular tan solamente útil, como se ve en el fuego, que se mueve hacia arriba para conservarse, y la piedra al centro. El apetito sensitivo, al bien particular, útil ó deleitable, con una cierta impetuosidad, que es inferior á la libertad y sobre la necesidad. Porque los animales se mue-

ven por la forma sensitiva, fundada en acto al bien útil, y, cuando le alcanzan, se juntan con él y sienten su deleite y regalo. El apetito intelectual ó la voluntad, que es propio de los hombres y de las criaturas intelectuales, se mueve por pura libertad al *bien universal* y honesto; al bien verdadero, digo, si el apetito está sano, ó al bien aparente, como son las riquezas y cosas temporales, si está estragado y enfermo. Esto es condición singular y propiedad eminentísima del ánimo racional, ser apetitosísima del bien honesto. Nótese más, que el apetito no sólo existe respecto del bien, sino también con relación al mal, así como una misma potencia sensitiva mira á los opuestos, como la vista lo es de lo blanco y lo negro, aunque diferentemente, porque el apetito se ha respecto del bien, codiciándolo y deseándolo; y respecto del mal, aborreciéndolo y huyendo de ello; y aquel huir del mal tiene razón de bien. Y así no se distinguen realmente la potencia apetitiva y fugitiva, porque se dice apetitiva en cuanto apetece y procura las cosas convenientes, y fugitiva en cuanto huye las contrarias. Mas decimos que toda la razón de este bien triple, conviene á saber: útil, deleitable y honesto, se halla en el apetito racional, como se puede deducir de la teórica que pusimos de San Buenaventura, tratando de la felicidad del ánimo. Y aún más, porque el hombre es toda criatura por participación, y comunica y es participante con ventajas de todas

perfecciones y nobleza de las criaturas todas inferiores.

Quédanos decir el número de las pasiones y la diferencia que se toma del objeto y del sujeto. El sujeto es el apetito sensitivo que, conforme á lo dicho, se distingue en concupiscible é irascible. De estas dos facultades nacen y se engendran todas las pasiones del ánimo, acerca de las cuales están las virtudes constituidas debajo de la templanza y fortaleza; porque por el gobierno y dirección de la prudencia son hechas conformes con la razón, que es regla de las cosas agibles humanas. El objeto, como ya dijimos, es el bien y el mal particular ó universal, verdadero ó aparente, útil, deleitable ú honesto, al cual se opone el mal de daño, de pena y de culpa. Las pasiones son once: seis nacen y se levantan en la fuerza concupiscible; cinco en la irascible. Las de la concupiscible son: amor, odio, gozo, tristeza, deseo y huída. Las de la irascible son: esperanza, desesperación, temor, osadía é ira. La diferencia de estas once pasiones está muy llana para los hombres sabios. Y así me tendrán por excusado de no ponerla aquí. Y los que no lo son, si fueren curiosos, la hallarán admirablemente puesta en el Catecismo ó Introducción al Símbolo de la Fe, del doctísimo y devotísimo P. Fr. Luis de Granada, tratando de la armonía del ánimo. Y con esto me paso á tratar del amor, que de todas las pasiones es la primera, y raíz, como he dicho, de todas ellas,

no sólo de las animales, sino de las espirituales<sup>1</sup> es Porque el amor animal (como Santo que se levanta en una inclinación de la percepción del bien verdadero ó aparente, quiero decir, que juzga importarle para su ser ó más aventajado ser. Siendo, pues, verdad que el bien es primero que el mal, como el hábito lo es respecto de la privación, ninguna cosa se aborrece sino en cuanto conocemos ser contraria á aquello que amamos, ni se ama sino debajo de razón de bien; pues como famosamente prueba Andrés Camucio, gran seguidor de Aristóteles, el amor no es más que voluntad al bien principal; que aunque hay bien, útil y deleitable y honesto, si los tiene por fin el amor, esto es, si se ama lo honesto en cuanto honesto, y lo útil y deleitable en cuanto tal, no es verdadero amor; que el que lo es, lo es de bien principal, que es la felicidad eterna; y así nadie ama verdaderamente si no es para este bien, y así excluimos del amor á los animales, y las demás cosas fuera del hombre, que fué creado para este fin. De donde se sigue que todas las pasiones respecto del bien preceden á aquellas que derechamente y de cerca tienen respecto al mal, así en la potencia concupiscible como en lo irascible. También se sigue que entre las pasiones que tienen respecto al bien, como son deseo, delectación, esperanza y desesperación, el amor que absolutamente mira el bien ha de preceder á las demás pasiones que tienen por objeto al

bien en cuanto ausente, ó ya alcanzado, ó que se espera alcanzar, aunque con dificultad, ó debajo de otra tal razón estrecha. Fuera de esto, se ha de notar que la fuerza concupiscible es primera respecto de la irascible, aunque las pasiones de la irascible frecuentemente se determinan y vienen á parar en la concupiscible, como la esperanza y la audacia en la delectación, si vencen, y la desesperación y el temor en la tristeza, si son vencidos. También se note que todas las pasiones se reducen á cuatro principales: dos en la concupiscible, que son delectación y tristeza, y dos en la irascible, que son temor y esperanza. Puédense también reducir debajo de otra más general consideración á dos, conviene á saber: de bien y de mal, y entonces son delectación y dolor. Finalmente, se reducen á una, como raíz y principio de todas, que es el amor, aunque más linda consonancia haría decir que todas miran á la *delectación que se consigue de este amor*, en cuanto reposa en la cosa ya alcanzada.

Santo Tomás dice que, si miramos el orden de las pasiones por el camino de su generación, las dos primeras son amor y odio; las segundas, deseo y huída; las terceras, esperanza y desesperación; las cuartas, temor y audacia; la quinta, ira; las últimas, gozo y tristeza, que siguen á las demás pasiones, como dijo Aristóteles. Aunque se ha de advertir que primero es el amor que el odio, antes el deseo que la huída; la es-

peranza precede á la desesperación, el temor á la audacia, y el gozo á la tristeza.

Dijimos también que el amor era origen de las pasiones espirituales, y es ello así verdad, porque el amor natural de Dios está impreso y conchado en el ánimo, en cuanto formada á la imagen y semejanza del mismo Dios, que consiste en la memoria, noticia y voluntad, el cual amor es una como conveniencia é inclinación á Dios, como fin nuestro ultimado, y en cierta manera centro nuestro inteligible, adonde permanecemos, estribamos y descansamos amando. De este amor nacen las demás afecciones, ora en bien, ora en mal, ora acerca de lo dificultoso, como deseo, huída, esperanza, temor, audacia, ira y pereza. Podríamos ejemplificar en las cuatro pasiones del ánimo á que todas las demás se reducen, que son esperanza, miedo, temor, gozo y odio, las cuales proceden del amor. Porque, si se ama á Dios sobre todas las cosas, bien se sigue que se ha de aborrecer todo lo que conociésemos ser contrario á Él. También la esperanza se levanta del amor cuando consideramos la amorosa liberalidad de Dios, que nos promete los bienes eternos. Asimismo, porque por el conocimiento se representa Dios al alma, como objeto sumamente conveniente, se sigue gozo de su presencia, y, si está ausente, tristeza ó miedo. Débese notar que si estas pasiones no van á lo divino, como aquí las hemos puesto, no hay cosa que tanto impida al ánimo para con

libertad y pureza contemplar y ver la verdad. Así dijo Boecio (1). *Tu quoque si vis, lumine claro cernere verum, tramite recto carpere callem, gaudia pelle, pelle timorem, speque fugato, nec dolor adsit, nubila mens est, vinctaque frenis, hæc ubi regnant.* Donde reina el gozo de los bienes de la tierra poseídos, ó el temor de perderlos, ó la esperanza de alcanzarlos, ó el dolor de haberlos perdido, está el ánimo como nublada y llena de tinieblas, para no conocer por la inteligencia la verdad, y enfrenada y arrendada como bestia para no moverse por el afecto á Dios. No llevaréis jamás camino derecho ni acertado, si por pasión os regís. Pues ¿qué si la pasión es carnal y venérea? Nada hay que tanto impida á la especulación, porque totalmente se sorbe y traga el juicio de la razón, y deja á los hombres como bestias, no cuanto á la culpa, que por más apasionados que estéis no dejáis de pecar, siguiendo vuestra pasión, más ó menos conforme á aquello de que es la pasión (salvo si es primer movimiento), sino cuanto al discurso de la razón á que deben estar sujetas todas las pasiones, y, no estándolo, sois como las bestias que carecen de ella.

Y porque llegamos á tratar de la culpa que hay en los hombres que siguen sus pasiones, y excusamos á las bestias, que también se apasionan, se ha de notar, con Santo Tomás, que las pasiones del apetito sensitivo se pueden consi-

(1) Boetius. Lib. de *Consolat.*, metro últ.

derar de dos maneras. Lo primero, en cuanto son movimientos del apetito irracional; de esta manera, ni hay en ellas bondad, ni malicia moral, y porque de esta suerte existen en los brutos, ni se dicen buenos ni malos moralmente; antes en ellos todas las pasiones son buenas, aunque las juzgamos por malas en cuanto impiden á nuestros deseos ó nos son enojosas para algún fin que pretendemos; pero ni hay en ellos bondad ni malicia, por carecer de libre albedrío, en que se funda la razón de alabanza ó de vituperio. Lo segundo, se pueden considerar estas pasiones en cuanto sujetas al imperio de la razón y voluntad, y de esta manera hay en ellas bien ó mal, moralmente hablando. Porque más cercano está el apetito sensitivo á la razón y voluntad que los miembros exteriores, cuyos movimientos y acciones son buenos ó malos moralmente, en cuanto voluntarios. Luego mucho más las pasiones del ánimo, las cuales se llaman voluntarias, ó porque son imperadas de la voluntad ó no son prohibidas por ella. De suerte, que las pasiones son buenas cuando van moderadas por la recta razón; y malas cuando salen del gobierno de ella. Mucho más se ofrece que tratar de esta materia; pero por ser escabrosa y no para todos, y porque es razón dividir el amor y ver sus efectos maravillosos, ya que de sola esta pasión profesamos hacer especial tratado, será razón saber las diferencias que hay de amor, y que hacen más á nuestro propósito.



## CAPÍTULO IV

### DE MUCHAS DIFERENCIAS DE AMOR.

ENTRE las pasiones del ánimo, ninguna es más vehemente, ninguna más violenta, ninguna más arrebatadora y que menos libertad deje en ella, que el amor; y es éste de tantas maneras, que apenas se puede dar doctrina de él, y por lo mismo son sus divisiones muchas.

I. Unos lo dividen, lo primero, en amor de parentesco, cual es el que hay entre padres é hijos y deudos. Lo segundo, en amor de patria, cual es el que se halla entre el ciudadano y su ciudad, el cual es tan grande que, como nota San Agustín (1), sobrepuja muchas veces al pasado, como se vió en Marco Bruto, que mató á su hijo porque quebrantó una ley dada en favor de la República. Así dijo un poeta (2): Vence el amor de la patria y la codicia desmedida de las humanas alabanzas. Lo tercero, en amor social, con que se aman más aquellos con quien trata-

(1) Aug., lib. de *Civit. Dei*.

(2) Vincit amor patriæ laudumque; immensa cupido.

mos y conocemos que los que nunca vimos. Lo cuarto, en amor conyugal, que suele ser estrechísimo, y que vence al de los padres y madres. Así lo dijo Dios dando mujer al hombre: *Por ésta dejará el hombre padre y madre* (1). Lo quinto, en amor carnal, que se nutre y sustenta con obras de carne, contra el consejo del Apóstol, que dijo: «Andad en espíritu, y no os bajaréis á hacer obras de amor carnal, que induce y provoca á los hombres á cosas ilícitas y torpes» (2). Finalmente, en amor de la criatura irracional, pues obligación tenemos á amar cualquier obra de las manos de Dios, que todas las ama, y á ninguna de las que hizo y creó tiene odio.

2. Otros dividen el amor de otra manera; conviene á saber: Primero, en amor de concupiscencia, que es un deseo que tiene el amante de unirse con la cosa amada, ó dicese así en cuanto deseamos algo por sólo nuestro interés, y entonces este amor es torcido y malo, y que se halla en los brutos, que aman al bienhechor sólo por el bien que reciben de él. Lo segundo, en amor de benevolencia, que es querer bien para alguno, ora sea presente, ora futuro; si es presente, incluye gozo; si futuro, deseo de que se consiga. Lo tercero, en amor de beneficencia, que es querer que haya comunicación de bienes

(3) Propter hanc relinquet homo patrem et matrem.—Genes., 3.

(4) Spiritu ambulate et desideria carnis non perficietis. Gal., 6.

entre los que se aman, y así dijo el Filósofo: *Los amigos, todas las cosas tienen comunes*. Lo cuarto, en amor de concordia, que siempre la hay entre los que se aman, á lo menos tratándose de cosas hacederas, pues en las cosas especulativas y científicas (como dice el Filósofo) no se requiere concordia, antes puede haber discordia sin perjuicio de la amistad; porque, en estas cosas, el concordar ó discordar no está sujeto á la voluntad. Y la causa es porque el entendimiento fuérase con razón, y puede ser forzado en un particular y no en otro.

3. Otros dividen el amor en *dilección*, *amistad*, *caridad* y *amación* ó enamoramiento, que es pasión amorosa y con ímpetu, que apenas se halla vocablo español que declare esta última partícula. Cada uno de estos cuatro nombres añaden algo sobre éste de *amor*; porque, cuanto á lo primero, este nombre, *amor*, propiamente importa aquietación del apetito; y como éste sea común á la parte sensitiva é intelectual, porque los apetitos son dos: sensitivo animal, é intelectual y racional, síguese que á la quietación de uno y otro apetito conviene este nombre amor. En cuanto conviene al apetito sensitivo, dicese propiamente amor, y es pasión que se halla en los hombres y en los brutos. El apetito intelectual se llama voluntad, y es propiamente electivo, y en cuanto se quieta con la elección se llama propiamente dilección, que quiere decir elección de lo que se ama. De aquí es que este

nombre *dilección* añade sobre este nombre amor elección, y tiene su ser en la voluntad, y hállase solamente en la naturaleza intelectual, y no en los brutos, que no eligen ni raciocinan; lo uno y lo otro se halla en el hombre, porque hay amor en cuanto importa pasión del apetito sensitivo, como lo vemos en muchos, tan apasionados, que ninguna razón siguen en su amor; y hay también amor de dilección, que está en el apetito intelectual, porque estos dos apetitos tiene el hombre, y así queda claro que toda dilección es amor, pero no todo amor es dilección, porque el nombre de la inferior potencia se transfiere á la potencia superior, y no al revés. El segundo nombre que incluye amor, y añade algo sobre el amor, se llama *amistad* (1), en cuanto dice amor recíproco de uno á otro, fundado en virtud, que, como escribe el Filósofo: *la amistad es una benevolencia, ó bienquerer recíproco, no encubierto* (que el amor no puede encubrirse si es verdadero), *ni por mal fin, sino por razón del bien honesto*; pues si es útil y deleitable, como el mismo Filósofo afirma, cesando el deleite ó la utilidad cesa la amistad. El tercer nombre es *caridad*, que, fuera de lo que incluyen los dos ya dichos, tiene una propiedad sobrenatural, que es hacer grato el hombre á Dios, de manera que le quiera y acepte para la vida eterna.

(1) Amicitia est benevolentia mutua, non latens ratione boni.—Arist., *Ethic.*

Hace más la caridad: que sus actos y los de las demás virtudes sean meritorios; lo cual, como no puede hacerse naturalmente, es fuerza que esta virtud sea infusa por Dios, y no adquirida por nuestra industria. El cuarto nombre es enamoramiento, ó pasión amorosa, que añade sobre los otros nombres intensidad y fervor de amor, cual experimentamos en los necios enamorados de este mundo. De aquí es que en esta última partícula se puede hallar amor, dilección, amistad y caridad, pero no al revés: por lo cual dijo Aristóteles que la amistad era semejante al hábito, y este amor impetuoso á la pasión; que es como si dijera que el uno sigue la razón, y el otro su ímpetu.

4. Otros dividen el amor en bueno y malo; á la cual división favorece lo que San Agustín dijo, que dos amores edifican dos ciudades, una divina, otra diabólica; el uno llega en el edificio hasta el menosprecio de Dios, y el otro hasta el menosprecio de sí mismo. El buen amor es príncipe entre las virtudes, y el malo entre los vicios. Y, aun para decir lo cierto, la virtud no es más que un amor bueno, y el vicio un amor malo.

5. Mas, porque de esta materia largamente se trata en la del amor propio, pasemos á la quinta división, que divide el amor en *natural*, animal, racional, intelectual. El natural, dejadas á una parte cuestiones, hállase en todas las cosas, y así le llamaron algunos ley de naturaleza, ó inclinación natural, ó dirección y gobier-

no de inteligencia que no yerra, ó sentido de naturaleza, y es un cierto apetito natural para proseguir el bien ó huir el mal, como se ve en muchos animales, que de sola la sombra del enemigo se encrespan y encerrudan y ponen bravos; otros huyen y se acobardan. Hay otro apetito que sigue la aprensión del mismo que apetece, no deliberando, sino con una cierta impetuosidad; y este tal apetito se halla en los brutos, y también en los hombres, en los cuales participa algo de libertad, en cuanto obedece á la razón. Esta inclinación al bien deleitable, según el sentido, se llama *amor animal*, ó sensual, que es una cierta complacencia de la sensualidad á aquellas cosas que deleitan los sentidos, cada uno de los cuales recibe deleite de su objeto, así proporcionado: el oído, en oír cantos suaves; la vista, en ver colores hermosos; el gusto, en la dulzura de los manjares; y el tacto, en tocar cosas finas y blandas. Hay un tercer apetito, que sigue la aprensión del que apetece según libre juicio, y llámase *racional* ó intelectual, y por otro nombre voluntad: y porque la voluntad, conforme á dos diferencias de actos que tiene, se distingue en voluntad deliberativa ó racional, y en voluntad natural ó intelectual, que por otro nombre se llama *sindéresis*, de que largamente queda dicho en su lugar, síguese que el amor, que es el primer acto elícito de la voluntad, es también en dos maneras: el uno es amor racional, el cual produce y saca la voluntad racional

deliberativa y arbitraria, *quæ fertur ad aliquod bonum, vel malum cum discussione rationis in finem*; como el que echa las mercaderías en la mar, que, naturalmente, no lo quiere; mas, porque la razón le dicta que para salvar la vida es necesario tal medio, quiérela con voluntad deliberativa, según el juicio de la razón. El otro amor es intelectual y elícito, ó sacado de la voluntad natural, ó *sindéresis*, y aquel amor es natural inclinación al bien presentado á la *sindéresis* por la aprensión de la conciencia simple, en cuya lumbre se conocen los primeros principios morales, conviene á saber: «Que Dios se ha de amar, temer y honrar sobre todas las cosas; que el bien se ha de abrazar, y el mal se ha de huir». De aquí se sigue que como la simple conciencia, que es fuerza cognoscitiva alumbrada inmediatamente por Dios con luz divina, no puede disentir de las tales primeras y ciertas verdades de los primeros principios morales (teniendo conocimiento de los términos), así no puede la *sindéresis*, que es fuerza apetitiva del ánima, ó voluntad natural, dejar de amar ó querer los tales primeros principios, cuando por la conciencia simple son presentados. Boecio dijo que, por la *voluntad natural* ó *sindéresis*, *necesaria é inevitablemente, todo hombre apetece la bienaventuranza*, que naturalmente está inserta en nuestras almas en universal.

Juan Gerson, sobre los cantares, divide el amor en *libre* ó *arbitrario*, *gratuito* y *fruitivo*, la

cual división hace nuestro amor todo de Dios. Porque en la criatura racional se halla amor habitual, de tres maneras: el primero se llama libre y concreado; el segundo, arbitrario y deliberativo; el tercero, gracioso y superinfuso. De este triplicado amor habitual resulta otro cuarto amor de Dios perfecto y meritorio, que se llama frutivo. El primer amor respecto de Dios se dice libre y natural, y que no puede borrarse impreso, concreado é inserto en el hombre, criado á la imagen de Dios, que consiste en la mente, noticia y amor. De donde así como la criatura racional no puede despojarse de su natural conocimiento y noticia, así ni de su natural amor, por el cual es llevada á su Dios, como á sumo bien y final bienaventuranza. San Buenaventura dice «que este deseo y apetito del bien y de la verdad está inserto en nosotros en general; mas, para conocer en especial cuál sea aquel bien y amor, no tenemos fuerzas ni nos es posible sin particular don de Dios». De aquí vino á decir San Dionisio «que en toda criatura se hallaba amor natural, y principalmente en el ánima, la cual, con el peso de él, naturalmente, es llevada á su Dios, aunque se condene para el infierno; porque de allí se levanta aquel gusano infernal, que dijo Isaías (1): *El gusano de ellos no muere*; que, á mi ver, es una reprensión y torcedor de la conciencia, que durará mientras

(1) Vermis eorum non moritur.—Isai., ult.

Dios fuere Dios en el alma, por no haber amado á quien, naturalmente, se inclinaba á amar. Y llamo natural este amor, no como el que tiene la piedra á su centro, que más propiamente se llama inclinación, sino porque este amor es espontáneo y libre, por razón del conocimiento intelectual, que mira á Dios y le tiene por objeto y fin ultimado. El segundo amor respecto de Dios se llama arbitrario ó deliberativo, y no se puede tener sino concurriendo ó previniendo el sobredicho natural, que es raíz de todos los demás afectos. Este amor arbitrario, que procede de la voluntad electiva y deliberativa, se halla en los bienaventurados, y en los condenados, y en los viadores, aunque diferentemente; porque, en los bienaventurados, este amor respecto de Dios se determina y fija á la parte amativa; en los condenados, al contrario, porque declina en odio y envidia de Dios; en nosotros puede este amor ser llevado á la una y otra parte, ó amando, ó aborreciendo, mientras vivimos; digo aborreciendo, no absolutamente, sino debajo de razones odiosas, conviene á saber: de castigos y daños. El tercer amor respecto de Dios se llama gracioso, sobrenatural é infuso, y por otro nombre caridad criada en el ánima, la cual formalmente vuelve al hombre agradable á Dios y acepto para la vida eterna. Esta caridad se nos infunde en el bautismo. El cuarto amor se llama *actual, frutivo, extático y seráfico*, y consiste en un experimental gusto de la

suavidad íntima de Dios, que proviene del ayuntamiento del ánimo con su objeto supremo, que es el mismo Dios. Este amor frutivo resulta de los tres habituales ya dichos, como de triple vida, concurriendo en acto segundo, que es de mayor alabanza que si cualquiera de los tres sobredichos amores se estuviese en su acto primero, ó habitual tan solamente; porque cualquiera potencia, junta á su acto loable y bueno, es más perfecta y más conjunta á su fin que perseverando en sólo el hábito tibio, como dormida y soñolienta: así comparó el Filósofo el acto primero y habitual al sueño, y el segundo y actual á la vigilia. Este amor frutivo y seráfico no tiene su asiento en la sensualidad, sino en el ápice, ó parte superior de nuestra mente, el cual llamó la Esposa en los *Cantares* beso de la boca de Dios, y confiadamente lo pide diciendo (1): *Bésemme con el beso de su boca*. Como si dijera: Concédame mi Esposo la experiencia ó experimental gusto de su amor extático, frutivo y seráfico, para que, apartada de todas las cosas que no son Dios, como serafín arda en él. Y porque de éste principalmente ha de ser nuestro tratado, como entre todos más heroico, provechoso y gustoso, dejadas á una parte otras divisiones, de que San Buenaventura en su camino de la eternidad hace mención, me pareció comenzar á tratar de las propiedades y efec-

(1) Osculetur me osculo oris sui.—*Cant.*, 1.

tos maravillosos de este amor, que, como dice Hugo, *es la vida del ánimo*, y á cuyo propósito se escribió y compuso aquel divino libro de los *Cantares*, en el cual, debajo de figuras y semejanzas de las criaturas, y debajo de título de bodas de esposa y desposado, se trata de los favores que Dios hace al alma, y regalos que recibe en su amorosa conversación.

